



Michael Peppard,
The Son of God in the Roman World.
Divine Sonship in its Social and Political Context,
Oxford 2011, xii + 289 pp.

Santiago Guijarro Oporto
Universidad Pontificia de Salamanca

Este libro aborda con gran sensibilidad histórica un tema crucial para la teología cristiana: la filiación divina. Su tesis es que cuando los primeros cristianos comenzaron a utilizar la expresión “hijo de Dios” para referirse tanto a Cristo como a los cristianos esta metáfora estaba viva porque tenía un referente claro en la experiencia de los habitantes del imperio romano. Sin embargo, con el paso del tiempo, dicha experiencia fue cambiada y la expresión se ha convertido en una metáfora muerta. Por eso, la meta que persigue esta investigación es: “demostrar que las prácticas sociales y políticas de la adopción durante el imperio romano, especialmente las de las familias imperiales gobernantes, pueden ayudarnos a reimaginar la filiación divina y a resucitar la metáfora *Hijo de Dios*” (p. 175).

La introducción describe sintéticamente lo que será el recorrido de la obra, insistiendo en que la metáfora “Hijo de Dios” se entiende hoy en el sentido de la formulación de Nicea, y en la necesidad de recuperar el sentido que tenía cuando comenzó a ser utilizada.

El capítulo primero titulado “La filiación divina antes de Nicea” repasa la investigación precedente sobre el término “Hijo de Dios” para mostrar cómo la comprensión del mismo puede enriquecerse cuando se prescinde del marco niceno. Identifica cuatro formas de abordarlo: a) el acercamiento niceno, que presupone acríticamente que la visión del NT era la misma que la de Nicea; b) la crítica narrativa, que se sitúa al nivel del relato y de su intención retórica; c) la escuela de la historia de las religiones, que se interesa por el origen de la expresión en el contexto religioso (es el que discute con más detalle); y d) el estudio de los ecos contextuales, que trata de averiguar cómo resonaba dicha expresión en los lectores contemporáneos. Esta obra, aprovechando los resultados del análisis narrativo, se sitúa en la estela de la escuela de la historia de las religiones sin per-

der de vista los ecos contextuales. Su propósito es poner de manifiesto el influjo de la figura del emperador como *divi filius* (*theou huios*) en el uso y en la comprensión del título “Hijo de Dios”.

El capítulo segundo describe el marco general que permite comprender lo que significaba en el contexto religioso romano la filiación divina. Su título: “Divinidad y filiación divina en el mundo romano”, recoge bien esta intención. La religión romana y el culto a emperador han sido estudiados y entendidos con categorías de la religión cristiana que están muy influidas por el platonismo. Sin embargo, cuando la religión romana se sitúa en el contexto de patronazgo y evergetismo que dominaban aquella sociedad, se advierte que la divinidad no se definía por el “ser”, sino por el “poder”; no era extática, sino dinámica. Los artefactos y rituales relacionados con el culto al emperador muestran que suscitaba entre la gente una adoración sincera. Antes de que se impusiera la visión platónica, los emperadores eran reconocidos como dioses por sus beneficios, y el culto que se les tributaba tanto en oriente como en occidente, era una respuesta a dichos beneficios. A partir de Julio Cesar, que se atribuyó la condición divina, sus sucesores, comenzando con Octavio, que se decía hijo de Apolo, reclamaron esta condición aduciendo su relación filial con el emperador anterior (*divi filii*). En el año 69 d.C., el de los cuatro emperadores, cuando se rompió la continuidad de la dinastía Julio-Claudia, la idea estaba ya tan arraigada que Vespasiano y sus sucesores reclamaron para sí este mismo título.

El tercer capítulo, titulado “¿Engendrado o creado? Hijo adoptivos en la sociedad romana y en la ideología imperial”, es una magnífica exposición de la importancia que tenía la filiación adoptiva en el mundo romano. La adopción tenía importantes funciones sociales. Por un lado, permitía asegurar la continuidad del grupo familiar (sus propiedades, su nombre y su culto). Pero, al mismo tiempo, era un medio para ascender en la escala social. Estaba regulada por la ley, pero la práctica iba mucho más allá, revelando así la tendencia de la familia romana de ampliar al parentesco (clientes, libertos, hijos adoptivos...). La máxima expresión de lo que significaba la adopción la encontramos en la familia imperial. El emperador era el padre de una gran familia con todos los atributos y derechos del *paterfamilias*, y tenía la obligación de garantizar su continuidad, algo que en muchos casos solo podía hacer a través de la adopción. Gracias a ella, en la época del imperio se reguló la transmisión del poder, hasta el punto de que la mayor parte de los emperadores del primer siglo fueron hijos adoptivos. Es precisamente en esta transmisión del poder imperial donde se perciben las tensiones entre las dos formas de filiación: la que procedía de la generación y la que se establecía a través de la adopción. La segunda, sin embargo, era tan valorada o más que la primera, pues garantizaba la continuidad de la familia y del imperio.

El capítulo cuarto tiene por objeto “Repensar la filiación divina en el Evangelio de Marcos”. El título “Hijo de Dios” debe interpretarse en EvMc sin tener en

cuenta los desarrollos posteriores (cristología del Logos, definición de Nicea). Un examen detallado de los datos externos e internos sugiere que este evangelio recoge una tradición originada en Palestina, aunque lo más probable es que fuera compuesto en Roma. En todo caso, el lugar de composición no es determinante, pues aunque hubiera sido compuesto en otro lugar, sus destinatarios habrían estado inmersos en la ideología imperial. La mayor parte del capítulo está dedicada a un estudio detallado del bautismo de Jesús. Después de examinar su trasfondo judío, sobre todo las referencias al Sal 2 (adopción divina del rey mesiánico), estudia con detalle las resonancias de la ideología romana, descubriendo alusiones claras al proceso de adopción (*eudokeo*, el genio y el numen del emperador en la referencia al Espíritu, etc), y la intención de proponer a los destinatarios una alternativa a la ideología imperial (la paloma como antítesis del águila imperial). El capítulo se cierra con unas páginas magníficas (124-131), en las que observa cómo la relación adoptiva de Jesús a lo largo de todo el evangelio acaba configurando un relato en el que se le presenta como la antítesis del emperador.

El último capítulo (“Hijos de Dios engendrados y adoptados. Antes y después de Nicea”) recorre el camino hasta después de Nicea, examinando algunos textos en los que se percibe la evolución del significado y el uso de la metáfora “Hijo de Dios”. En el NT, los evangelios elaboraron una “cristología hacia atrás” (Brown), que incluye los diversos momentos de la filiación divina: resurrección – bautismo (Mc) – concepción (Mt y Lc). En las cartas de Pablo, la imagen dominante es la de la filiación adoptiva, mientras que en el Evangelio de Juan predomina la imagen de la filiación generativa. Con todo, en ambos casos el término “hijo de Dios” se aplica tanto a Cristo como a los cristianos. En el siglo II d. C., cuando todavía era común la práctica de la adopción, el Pastor de Hermas, Clemente de Alejandría e Ireneo de Lyon, hablan de la filiación adoptiva de Cristo en términos positivos, subrayando la comunión que se establece entre él y los cristianos. Sin embargo, a medida que la metáfora de la adopción fue perdiendo su referente vital, se fue estableciendo una distancia entre estas dos metáforas. La filosofía platónica fue determinante en este proceso, pues al subrayar la igualdad de Jesús con el Padre en el plano del ser, hizo que la metáfora de la filiación generativa quedara reservada para él. A partir de entonces, la metáfora de la filiación adoptiva comenzó a aplicarse solo a los cristianos. En este nuevo marco conceptual, la filiación natural pertenecía al ser, mientras que la adoptiva pertenecía al devenir.

El libro se cierra con una conclusión muy breve en la que el autor comenta una homilía de San Juan Crisóstomo sobre el bautismo glosando los diversos matices de la filiación divina que ha ido examinando a lo largo de las páginas precedentes.

Visto en su conjunto, el estudio resulta tremendamente sugerente. Su principal aportación consiste en poner de manifiesto la importancia de la ideología impe-

rial para comprender el sentido positivo de la filiación adoptiva. Dicha ideología, eficazmente difundida a través de las monedas, las estatuas y los templos, es el trasfondo en el que hay que leer la atribución del título "Hijo de Dios" a Cristo y a los cristianos. Peppard no niega en absoluto que este título tenga también un trasfondo judío, pero el hecho de que en el judaísmo no existiera la adopción, mientras que en el mundo romano era un hecho común, induce a pensar que la concepción de la filiación adoptiva tenía como referente el contexto romano. El estudio de cómo las dos acepciones de la metáfora se van separando en los siglos posteriores resulta también convincente e interesante.

El capítulo dedicado al EvMc, como no podía ser de otra forma, ocupa un lugar central en la investigación. La tesis de fondo, según la cual este relato presenta a Jesús, el Hijo de Dios, como una alternativa a los *divi filii* imperiales está bien argumentada. Llama la atención, sin embargo, que el autor analice en el uso del término evangelio que tenía fuertes connotaciones en el contexto de la propaganda imperial y que Marcos eligió como término clave de su relato. Los estudios que relacionan este término con el culto imperial apoyan este carácter alternativo del relato marquiano. Por otro lado, la interpretación que el autor hace de la estrategia de Marcos habría ganado mucho, si, en lugar de explicarla como una forma de "imitación crítica", hubiera aplicado el modelo desarrollado por James Scott en sus estudios sobre la estrategia de los grupos dominados, un modelo que ha comenzado a aplicarse con fruto a los estudios del NT (Horsley). La revelación velada de Jesús como Hijo de Dios que se aprecia en el relato marquiano tiene, en efecto, muchos de los rasgos de ese lenguaje críptico que los grupos dominados utilizan para proponer una visión alternativa del mundo. Y eso es, probablemente, lo que estaba intentando el autor del evangelio al utilizar de forma tan original una metáfora, la de la filiación adoptiva, que todo el mundo podía entender en su contexto.